

Esta es la historia jamás contada de

LOS SECRETOS

ÁLVARO URQUIJO

Siempre
hay un precio




ESPASA

Esta es la historia jamás contada de

LOS SECRETOS

ÁLVARO URQUIJO

Siempre
hay un precio



ESPASA

© Álvaro Urquijo, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Edición a cargo de: Gonzalo Abadía, 2021

Diseño de interior y de los encartes: María Pitironte

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 16.411-2021
ISBN: 978-84-670-6356-1

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos por localizar y recabar la autorización de los propietarios del *copyright* de las imágenes que ilustran esta obra, por lo que manifiesta la reserva de derechos de los mismos y expresa su disposición a rectificar errores u omisiones, si los hubiere, en futuras ediciones.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

Índice

Una historia de emociones. — 11

PARTE I: ORIGEN

- Capítulo 1. Felicidad — 17
- Capítulo 2. Esperanza — 38
- Capítulo 3. Emoción — 51
- Capítulo 4. Tristeza — 58
- Capítulo 5. Soledad — 72
- Capítulo 6. Apatía — 80
- Capítulo 7. Miedo — 92
- Capítulo 8. Melancolía — 105

PARTE II: RENACIMIENTO

- Capítulo 9. Nostalgia — 119
- Capítulo 10. Fortaleza — 138
- Capítulo 11. Transformación — 150
- Capítulo 12. Ruina — 169
- Capítulo 13. Traición — 181
- Capítulo 14. Certidumbre — 189
- Capítulo 15. Celos — 212
- Capítulo 16. Ilusión — 220
- Capítulo 17. Confianza — 230
- Capítulo 18. Alivio — 237
- Capítulo 19. Angustia — 248
- Capítulo 20. Ira — 254
- Capítulo 21. Zozobra — 259
- Capítulo 22. Desolación — 261

PARTE III: AMANECER

- Capítulo 23. Satisfacción — 269
- Capítulo 24. Valentía — 277
- Capítulo 25. Fragilidad — 284
- Capítulo 26. Añoranza — 290

Epílogo. Paz — 297

Agradecimientos. — 301

Discografía completa. — 305

PARTE I

ORIGEN

Felicidad

Mi padre: «No digas que no»

Repito: reconozco que no tengo fe y que me he refugiado en la ciencia para responder a muchas preguntas difíciles. Llevo años investigando, leyendo y estudiando materias fascinantes con las que he suplido mi falta de estudios universitarios. Todo lo que he aprendido lo he volcado en mi casa, en la que en el año 2003 invertí un dineral para evitar que emitiera huella de carbono. Se trata de una casa cien por cien eficiente y respetuosa con la naturaleza, y autosuficiente. Mis compañeros de grupo se compadecen de mi mujer cuando vamos en la *furgo* de gira y ella me llama para preguntarme cómo se enciende el agua caliente o dónde está la llave que abre o cierra lo que sea.

Mi curiosidad por las ciencias es uno de los legados que me dejó mi padre. Javier Urquijo nació en Bilbao, aunque los orígenes de la familia son cántabros. Recuerdo que una vez un primo mío me envió un árbol genealógico de los Urquijo, y confirmé que éramos la tira. Mis abuelos vivían en el centro de Bilbao, en un piso muy pequeñito que todavía sigue en pie. Mi padre era una persona muy culta; lo sabía todo del mundo de la ingeniería de minas

y se dedicaba a lo que hoy se llama ingeniería civil. Era el cuarto de ocho hijos, dos de los cuales, como ya he dicho, eran religiosos, lo que disgustó mucho a mi abuelo.

Mi padre había iniciado una formación profesional educativa que le llevaría al mundo de la Ingeniería Técnica de Minas. Acabó entrando en Iberduero —la actual Iberdrola— y eso le gustó lo suficiente como para pedir el traslado a Madrid. Mientras trabajaba de lo que fuera en la empresa, se lo curró bastante para formarse en todo lo necesario para ser un gran ingeniero técnico de minas y, aunque no se doctoró, resultó ser un sabio como pocos. Se le ocurrieron muy buenas soluciones para las obras de ingeniería en las que estaba metido, como utilizar remontes de esquí para subir materiales a lo alto de las montañas o fabricar piezas-puente para trenes junto a los ríos y trasladarlos en unas barcazas creadas *ad hoc*, de una orilla a otra, para ensamblar los puentes. Él veía el problema, lo analizaba y encontraba la solución. Después la empresa se beneficiaba de sus inventos. De Iberduero pasó luego a Entrecanales, que lo fichó, y allí estuvo trabajando toda la vida.

Como ya he dicho, mi padre era un tipo sabio, muy culto, aunque yo creo que la sabiduría y la cultura se las contagió mi abuelo, que era aparejador, o como se le llamara entonces a esa profesión. En mi casa no se hablaba mucho de lo que pasaba en la familia, supongo que eso debía de ser común en casas como la nuestra. No teníamos muy claro cómo había sido la carrera profesional de mi abuelo o de mi bisabuelo y lo que habían hecho para sacar a la familia adelante. Tan solo que mi abuelo hizo todo lo posible para dar salida a los ocho hijos que tenía y que no se acababa de llevar bien con mi padre. Mi abuelo Manuel, además, era un acuarelista excelente y un gran miniaturista. Incluso se fue a vivir a Argentina para intentar triunfar como artista, pero no

tuvo éxito. Hacía maquetas de barcos antiguos a mano, fabricando cada pieza. Es más, los minicañones de los barcos disparaban un perdigón con un poco de pólvora. Cuando mi padre murió, nosotros nos quedamos con unos cuantos de esos barcos fabricados por mi abuelo. Son preciosos.

La vena artística de la familia viene del lado de mi padre, que no sabía tocar ningún instrumento, pero se daba el lujo de tener los mejores discos, el mejor tocadiscos, el mejor plato, la mejor aguja... Sin ir más lejos, el primer *walkman* que entró en casa lo compró él. No era un *walkman* de Sony, sino de Grundig, un *cacharraco* portátil que devoraba cuatro pilas en dos días. Te arruinabas comprándolas, pero era tecnología punta total.

Cuando mi padre tenía ochenta y dos años, su afición por la ciencia y la tecnología seguía estando viva. A menudo yo me sentaba junto a él frente a la *Smart tv* que le compré y veíamos en YouTube el proceso de construcción de las grandes obras de ingeniería. Me explicaba todos los detalles para que aprendiera. Yo con cincuenta palos y él enseñándome cómo se había construido el canal de Panamá... Incluso en esos momentos aprovechaba la ocasión para decirme:

—Oye, Álvaro, ¿por qué no dejas esto de la música y estudias como tu abuelo y te sacas la carrera?

—A ver, papá, ya es un poco tarde —respondía yo—. Tengo cincuenta y cuatro años. Ya es tarde. Además, mi trabajo no está mal.

Se llevó un enorme disgusto cuando dejamos los estudios. Creo que ese es el primero de los secretos. Mi padre luchó para que siguiéramos siendo estudiantes, para que nos matriculáramos en la universidad y termináramos nuestras carreras. Como chavales normales.

El mundo alrededor

Yo nací en 1962, cuando los Beatles publicaron «Love me do» y el mundo cambió para siempre. Mi hermano Enrique nació en 1960, y el mayor, Javier, en 1958. Tres hermanos seguidos, tres mosqueteros que resultaron ser tres enamorados de la música. Casi once años después de que yo naciera llegó mi hermana pequeña, Lydia. En 1975, cuando murió Franco y se inició la Transición, España seguía siendo un país en blanco y negro. Al menos, así es como yo lo recuerdo. Seguía habiendo mucha represión y una gran desinformación, a las que se añadía la inseguridad y el miedo por los atentados de ETA. No era una España ni tranquila ni feliz. En realidad, nuestro universo de color comenzaba cuando escuchábamos música o tocábamos en el local de ensayo.

Mis hermanos y yo estudiamos en el colegio FEM de Madrid, un centro privado, mixto, bilingüe y con muy pocos alumnos por clase, unos veinticinco por aula. Era un colegio muy de familias: ahí estábamos los Urquijo, los Urrea, los Alonso... En el cole, la música desempeñaba un papel fundamental y estaba siempre presente. Además, tuvimos la suerte de que formaba parte del método de aprendizaje que usaban algunos de nuestros profesores. Por ejemplo, en clase de inglés cada alumno elegía una canción de un disco, se escribía la letra en la pizarra y la poníamos en el tocadiscos. De ese modo aprendíamos la lengua y, al mismo tiempo, se nos despertaba la pasión por la música. El colegio no tenía grandes espacios para hacer deporte, así que nos pasábamos los recreos aprendiendo a tocar la guitarra.

Mi padre nos metió el veneno de la música en el cuerpo. Era un tío muy formado en este aspecto, un verdadero melómano. En su fondo musical cabían desde Crosby, Stills, Nash & Young hasta

Von Karajan y Montserrat Caballé. Tengo que reconocer que no soporto a la Caballé porque me recuerda a mi infancia: cuando la escucho, me vienen a la memoria todos los domingos en mi casa cuando mi padre ponía a todo trapo un programa de música de Televisión Española con Von Karajan o la Caballé como habituales estrellas invitadas. Por supuesto, siempre la he respetado mucho y creo que este país la ha tratado fatal. Era una diosa, una verdadera diva y una figura de la música irrepetible, pero, en mi caso, estaba asociada a un momento de mi vida muy pesado y eso la «marcó» para siempre. Es absurdo, pero es así.

Además de ser un amante de la música, mi padre quería que en casa se escuchara en condiciones, con un buen equipo que nos permitiera apreciar los detalles. Teníamos el mejor equipo de sonido que había en el mercado. No el más caro, pero sí el que sonaba mejor. Nuestros amigos alucinaban. Éramos una familia de clase media, pero teníamos la suerte de que a nuestro padre no le importaba gastarse el dinero que fuera en tecnología. Era lo que más le molaba. Teníamos un grabador, una pletina, un ocho pistas de cartucho, y nosotros jugueteábamos con todo ello. Eran verdaderas virguerías relacionadas con el sonido y, con un poco de curiosidad y mucha música en vena, podías sacarles bastante partido, y no solo para escuchar, reproducir o grabar. El ocho pistas de cartucho era muy práctico: tenías veinte minutos —o quince— por cada pista, y en cada cartucho había cuatro pistas. Así que disponíamos de una hora y media de grabación de muy buena calidad. En casa comenzamos a trastear con ese aparato y gracias a él grabé la primera maqueta de mi vida, con la guitarra enchufada a él. Era una verdadera suerte tener tan cerca la posibilidad de hacer esas cosas.

Además, aunque mi padre no tocaba ningún instrumento, siempre quiso que quien tuviera alguna destreza pudiera desarro-

llarla. De hecho, nos compró la primera guitarra porque él estaba encantado de que nos gustara la música. Para él, la música iba asociada al conocimiento. Tenía la certeza de que cuanto más sabes, más posibilidades hay de que aprecies todas las artes. Si eres un tío con cierta capacidad, es imposible que no te guste leer o que desprecies el cine bueno o la buena música. Hay cosas que son inherentes y los patrones que tenemos en la cabeza encajan perfectamente. En esencia, en eso consiste el fenómeno *single*: si una canción gusta a millones de personas no es tanto porque la canción sea especial, sino porque todos somos muy parecidos.

Tenía un compañero de trabajo, algo más joven que él, que le abrió las puertas de la música moderna. Estábamos en los años setenta y, gracias a él, mi padre descubrió a Joan Manuel Serrat, a Mike Olfield o el mundo del *gospel*, entre otros muchos estilos de *jazz*. En cierta ocasión fue al concierto que dio Ray Charles en Madrid. El tipo apenas utilizaba equipo —el que usó pertenecía al grupo Nuestro Pequeño Mundo— y en su *show* hubo mucho silencio. En la parte final, Ray Charles hizo aparecer a un grupo de *gospel* de diez o doce personas que se había traído de Estados Unidos. A mi padre le impresionó el sonido de las voces y desde entonces el *gospel* empezó a sonar en casa, sobre todo cuando el amigo de marras le dejó un disco de Stephen Stills en el que cantaba «Love the one you're with», temazo que cuenta con un coro *gospel*. «Mira, Javier, esto te va a gustar», le dijo. El caso es que aquel disco nos gustó tanto a los tres hermanos que comenzamos a tirar del hilo.

Crosby, Stills, Nash & Young; Bob Dylan, Gram Parsons, los Byrds... Nos entró en vena el *folk* americano, toda esa mezcla de cultura del norte de América, de los irlandeses y los escoceses con sus melodías celtas, todo mezclado con el *soul* americano

de los descendientes de los esclavos procedentes de África. Esa mezcla nos atrapó desde el principio. Para nosotros, la fusión del *rock and roll* de la música negra y el *folk* de los irlandeses lo tenía todo. Y queríamos hacer algo parecido. Cuando escuchaba alguna canción, pensaba: «Yo tengo que llegar a esto», y me ponía a soñar con ser un héroe de la música, con esa forma tan especial de sentirse realizado. Había encontrado algo que realmente me gustaba.

Aunque no era buen estudiante, sé que podría haber sido un buen ingeniero. Con esfuerzo, con trabajo y gracias a mi pasión por la tecnología, creo que lo habría conseguido. Pero desde los quince años tuve la guitarra en la mano... y un sueño que hacer realidad. Mi padre estaba siempre de viaje y mi madre nos repetía una y otra vez la misma frase: «Cuando venga vuestro padre, os regañará por haber sacado malas notas».

La realidad era esa: nuestro padre estaba permanentemente fuera de casa. Cuando regresaba, guardábamos las apariencias con los estudios. Que luego nos llamáramos Los Secretos fue pura casualidad o quizá un juego del subconsciente. Éramos unos chavales que empezábamos en la música a escondidas de nuestro padre y, ahora lo sé, para recorrer ese camino, esa situación no era la más recomendable, sobre todo porque implicaba carecer de referentes y apoyos familiares. Ahora son los padres los que llevan a sus hijos a los *castings* y son ellos los que financian las primeras maquetas. Sin ir más lejos, nuestro batería, Santi Fernández, se dedicaba —entre muchas otras cosas— a hacer maquetas a grupetes jóvenes, que pagan con el dinero de sus padres.

Ojalá mi padre hubiera tenido esa sensibilidad y me hubiera matriculado en una academia para aprender algo de solfeo y armonía. Se lo habría agradecido toda la vida. Pero en aquella

época dedicarte a la música era echar tu futuro a perder... Quizá esa falta de apoyo, junto con el hecho de tener que abrirnos camino sin ayuda, fue la causa de muchos de nuestros errores. Estoy convencido de que si hubiéramos tenido un mánager o un «padre-mánager» que nos hubiese dado una hostia cuando nos metimos la primera loncha de cocaína, otro gallo habría cantado. Alguien que también nos hubiera aconsejado cuándo firmar un contrato y con qué productor. Fuimos a pelo y nos lanzamos al vacío varias veces.

Con esto no estoy echando balones fuera para descargar nuestra culpa. No. Los culpables de nuestros errores fuimos nosotros, pero nos habría venido muy bien tener una especie de severa voz de la conciencia y un buen asesoramiento. Ahora mismo, en Internet, puedes conseguir infinitos tutoriales de guitarra y preguntar en foros sobre técnicas y métodos de *marketing* musical. También hay compañías virtuales que te editan un disco con solo mandar el *master* y que te pueden convertir en una estrella de la música sin salir de casa. Cuando nosotros empezábamos, esas facilidades no existían. Todo era mucho más duro, más trabajado, más difícil de conseguir.

En busca de nuestro estilo

Así que teníamos a nuestro favor la tecnología, un padre que nos había educado musicalmente y un concepto musical muy claro. Todas esas horas escuchando música en el equipo de nuestro padre fueron un enorme curso de formación, una academia de educación del oído, tan completa que nos dio pie para encontrar nuestro hueco en el mundo de la música. Era como si los tres

tuviéramos en la mente una especie de almacén plagado de información que nos permitía escuchar de todo y a todas horas; en casa, cuando nos tragábamos las piezas de música clásica y, sobre todo, en los viajes en coche. Mi padre tenía un equipo con el que muchos soñarían incluso hoy, un casete *joystick* con cuatro bafles que se colocaban donde querías. Era una pijada —otra más— que combinaba la formación musical con la tecnología. Gracias a ello desarrollamos un planteamiento musical completamente diferente.

A veces me pregunto si conservo algo de mi padre. Y me contesto: «Pues mira, todo», porque me doy cuenta de que, según pasan los años, más me parezco a él. Tener una casa tan tecnológica no es casualidad, y mi afición tardía por la ciencia tampoco lo es. Siempre tan ocupado con la música y los conciertos y no había reparado en que me gustaba tanto la ciencia... Ahora que veo todo con una cabeza más científica, entiendo más a mi padre e identifico muchas cosas de él en mí, muchas más que antes. A él le encantaba que mi casa fuera tan eficiente y me decía que había elegido lo mejor, porque le apasionaba todo lo relacionado con la energía solar. No le pilló la onda energética fotovoltaica en sus años como trabajador, pero sé que habría sido un líder en esos temas si la hubiera conocido. Entre otras cosas, él se dedicó a construir presas para las centrales hidroeléctricas, que, en esencia, fueron de las primeras energías verdes que se pusieron en marcha gracias al trabajo que hizo Tesla —entre otros muchos— en las cataratas del Niágara. Mi padre era un fan de todas esas cosas y se convirtió en un experto en la construcción de presas, de centrales nucleares y térmicas, de chimeneas, de encofrados, de puentes, etc. Cuando yo empezaba a sensibilizarme con la naturaleza, un día se me ocurrió ir

a casa con una chapita en la que se leía «Nucleares no, gracias» y, nada más verme, me metió un guantazo que aún me duele. «Coño, Alvarito, que yo me dedico a construir las», me dijo. Pero era un proceso imparable. Cuando algunos músicos decidían unirse para grabar algo relacionado con el planeta o a favor de los movimientos «verdes», era inevitable sumarse al carro.

Madrid era una ciudad muy capitalina y todo lo que pasaba en Nueva York o en Londres terminaba llegando. Y casi siempre estábamos allí para vivirlo. Teníamos amigos que viajaban a Londres y traían discos, tendencias, moda... Cuando en 1979 salió el *No nukes* contra las nucleares, con canciones de James Taylor, Bruce, Crosby, Stills, Nash & Young; Jackson Browne o Tom Petty, un amigo llamado Alfredo Rambla, al que llamábamos Vélez, lo compró en Londres y nos lo dejó. Lo que se hacía allí era lo que teníamos que hacer también aquí.

Todo esto unido —la información que nos dio mi padre en lo musical, la tecnología y las influencias extranjeras— empezó a hacer mella en nosotros. Además, estaban la tele y la radio. La televisión española solo tenía dos cadenas y, en la segunda, la llamada UHF, había espacios musicales como *Popgrama*, *Musical Express*, conciertos por las mañanas y mucho cine, aunque fuera con censura o tijeretazo. En 1979, había más cultura en la televisión que en 2021. Pero, como consecuencia de la dictadura, era habitual que se fomentara más la música del exterior que la nacional, lo que no sucedía en otros países. Por ejemplo, me contaba Ramón Arroyo que, en 1976, en Francia, existía una ley proteccionista que obligaba a quien creara una emisora de radio a poner música en francés y, si abrías un cine, recibías la licencia y una subvención siempre que se proyectara cine francés. En España eso no ha ocurrido nunca, a no ser que fueras flamenco,

y entonces te llevaban a Japón. La cultura española tenía más seguidores fuera que dentro.

Nosotros éramos una familia como las demás, pero con mucha música alrededor. Jugábamos al Scalextric y tuneábamos y lijábamos las pistas, y trucábamos los mandos para que los coches fueran más potentes. Mi padre, además, nos traía coches de fuera —que no eran de la marca Scalextric—, réplicas exactas de los coches de Fórmula 1. Alguno incluso tenía efectos de ventilación reales.

Se nos daban bien los deportes: fútbol, judo y natación. En cuanto a la vida en casa, era muy divertida: montábamos en bici en el pasillo, nos repartíamos las tareas de poner y quitar la mesa, e intentábamos escaquearnos cuando había que recoger la habitación. Nos pasábamos la ropa de un hermano a otro; de hecho, en varias de las primeras fotos de Los Secretos llevo ropa prestada. De las fotos que tengo de cuando éramos pequeños, me da rabia ver que nos cortaban el pelo a tazón y nos vestían a los tres hermanos iguales. Éramos una familia normal y vivíamos en una casa normal, muy de *Cuéntame*. Era un poco caótica en cuanto a distribución. El cuarto de la tele, por ejemplo, era una chapuza que hizo mi padre para sus montajes de vídeo y fotografía. Luego, cuando ya las computadoras personales empezaron a llegar, pasó a ser el cuarto del ordenador. La casa contaba con un sótano que durante años se convirtió en nuestro estudio de trabajo con el grupo. Allí pasamos cientos de horas y grabamos muchísimas maquetas. En casa, mi madre se manejaba con la ayuda de mi abuela y de Lucy o Nievitas, que, junto a otras, fueron dos de las chicas que en algún momento trabajaron en casa. A mí me gustaba acompañar a mi madre en la cocina. De hecho, hoy en día soy yo quien hace la comida en mi casa. Aunque yo era el pequeño

de los chicos, era el más espabilado. Recuerdo que me encargaba de llevar los cascos —las botellas de vidrio vacías— al mercado y el dinero que me daban me lo guardaba para mis cosas. Cuando me mandaban a Bodegas Campanero a comprar una botella de vino con un billete de cien pesetas, solo gastaba cincuenta y me quedaba con las vueltas. Mi madre lo sabía, y de ese modo yo iba llenando la hucha.

Le dábamos bastante importancia a lo que pasaba en España por entonces. Se hablaba de elecciones y de cambio de régimen. Javier, el mayor, nos explicaba —sobre todo a mí— lo que significaban las cosas que pasaban en nuestro país, especialmente en lo relativo a los cambios sociales. Los jóvenes empezaban a expresar sus inquietudes y ya existía la opción de que la poli no te zurrara por la calle. Estaba claro que los tiempos estaban cambiando. Nos pasábamos las tardes enteras tirados en la habitación o en los sofás de casa escuchando discos, poniendo la radio o la televisión y esperando a que saliera lo nuevo de Gerry Rafferty, mientras recibíamos el primer disco de U2 con *The Boy*. Ya teníamos el primero de The Pretenders y, de pronto, Jackson Browne sacó *Running on empty*, que estaba por todas partes. Teníamos los discos de Pink Floyd, de Bob Dylan y de los Byrds, y, al lado, el *London calling* de The Clash o lo último de The Police... Era acojonante. Con todo aquello hicimos nuestro propio mercadillo musical. Otros músicos que empezaban en esa misma época no tenían tanta información, y se sumergían en un crisol tremendo de influencias del momento, pero sin bagaje previo. ¿Tenían formación? Sí. ¿Tanta? No. Y esto se podía comprobar porque, según iban descubriendo a los músicos legendarios, sus discos se veían claramente influenciados por ellos. De pronto, tal cantante

hace un disco «muy Elvis» porque ha descubierto el *rockabilly*; después hace uno «muy Paul Simon» porque se ha topado con Simon & Garfunkel. Y así ocurría siempre.

Hacia 1978 las calles españolas empezaron a llenarse de tendencias y modas provenientes de fuera, especialmente de Londres. Era la época del *punk*, de las chapas en las cazadoras, de las crestas, de una expresión colorista que contrastaba con la estética gris, aburrida y correcta de los últimos cuarenta años. Señores aburridos con vidas aburridas frente a jóvenes liberados en busca de la máxima diversión. Pero nosotros, sin embargo, mantuvimos nuestra pasión por la música americana de estilo *country* o *folk*. Nos gustaba lo nuevo, pero sabíamos que lo nuestro era otra cosa. Queríamos *country rock*, *folk* típico y buen sonido de guitarras.

Javier y Canito

Javier, en la época del instituto, estaba obsesionado con tocar la guitarra. Aunque no era el único, ya que del FEM salieron cuatro o cinco grupos tiempo después: Tos, Choques, Mario Tenia y Los Solitarios... La locura por la música empezó en la escuela. Los tres hermanos conocimos en el colegio a un tío genial que se llamaba José Enrique Cano, al que llamaban Canito. Tenía talento para la música y su padre creía tanto en él, en su talento y en su gusto musical, que le había regalado una batería de segunda mano. Yo alucinaba porque mi padre no era así. Es cierto que nos había inculcado el amor por la música, pero nunca confiaría en que llegaríamos a hacer carrera en ella. El padre de Canito incluso nos avaló la compra de unos *amplis* que tenían en Leturiaga, la tienda de música a la que todos aspirábamos a ir.

Como Canito y Javier pasaban mucho tiempo tocando, hablando, fantaseando, siempre obsesionados con la música, Javi le propuso montar un grupo. Ellos serían el alma, y quizá Enrique y yo podríamos encargarnos de la guitarra y el bajo. Éramos más pequeños, así que veíamos cómo tocaban los mayores. A mí se me daba mejor hacer dibujos con la guitarra, investigar sonidos... y a Enrique, escribir. Aunque cada acorde nuevo que aprendíamos, Enrique lo convertía en una canción. De primeras, él era supertímido y muy introvertido, aunque cuando cogía confianza te parías de risa. Como hermanos, la idea de tocar juntos y de poder expresar lo que llevábamos dentro nos atraía mucho. Tampoco estaba muy claro el reparto de roles; fue un poco por descarte.

Gracias a la batería de Canito y a los dos *amplis* —uno tenía ruedas y sonaba fatal, pero sonaba, y el otro era para el bajo— empezamos a tomarnos más en serio nuestra afición. Enchufábamos dos guitarras y un micro a uno de los *amplis*, y en el otro, un bajo y otro micro. O sea, un poco chapucero, pero al menos sonaba. Pronto empezó a sobrevolar la idea de que necesitábamos encontrar un local para ensayar.

A escondidas

Pusimos en marcha los primeros conciertos —por llamarlos de alguna manera— en colegios mayores. Creo que la primera actuación fue en una fiesta de final de curso, y la primera canción fue una versión que hacía Dylan de un tema de Gordon Lightfoot llamado «Early morning rain». En casa no sabían que estábamos montando un grupo y que tocábamos por ahí, así que la logística para poder ensayar o actuar a escondidas tenía su historia. Yo

me inventaba un pegote desde una semana antes, en plan «buff, el martes próximo tengo un examen de matemáticas. Iré la tarde del día anterior a casa de un amigo que tiene un profe particular y que nos va a enseñar a hacer integrales». La excusa debía ser creíble y sobre algo que fuera un coñazo para mi padre; si no, él me decía: «No te vayas, quédate aquí, que yo te enseño». Tenía que planearlo todo. Bajaba por el ascensor hasta el montacargas, que era por donde vivía el portero, dejaba la bolsa de deporte que me había preparado a escondidas y volvía a subir a casa. Cuando era la hora y llegaba mi padre, yo contaba eso de que me iba a estudiar a casa de fulanito, recogía la bolsa escondida y me iba corriendo a tocar. En la bolsa llevaba la chaqueta de cuero que acababa de comprarme, los zapatos bonitos y me vestía de concierto. Recuerdo un día que mi padre llegó antes a casa porque se encontraba mal y me pilló saliendo con la bolsa. «Pero tú... ¿Dónde vas?», me dijo. Claro, un jueves a las ocho de la tarde un chavalín como yo no iba a ninguna parte. «Anda, tira para casa...», me ordenó. Aquel día me quedé sin tocar. Mi padre no tenía ni idea de que existía el grupo y nunca vio una guitarra eléctrica en nuestras manos. Sí nos veía darle a la guitarra española, porque la había comprado él, pero de lo demás no tenía ni idea.

Los padres de Canito eran muy mayores y él había sido un hijo tardío. Sus hermanos eran también mayores —debían de haber terminado la carrera— y ya se habían ido de casa. Así que el tío estaba solo en su casa y se lo pasaba pipa, y, por tanto, teníamos a nuestra disposición su piso en Becerril de la Sierra, la batería y los *amplis*. El padre de Canito, además, nos avaló unas letras de esas antiguas para comprar una guitarra eléctrica. Javier se compró una acústica y como micro usábamos uno de mi padre con el que ponía voz a sus vídeos grabados con un tomavistas

Súper 8. Los vídeos eran sobre la familia, sobre nosotros de pequeños, unas joyas que espero poder rescatar algún día. En ellos, él ponía una emulsión para la banda de audio, así que, además del micro, teníamos un reproductor para grabar el sonido. Con la paga que nos daba mi abuela fuimos ahorrando y en Leturiaga nos compramos un bajo malísimo que yo me encargaba de afinar.

Perfectamente equipados —a nuestro entender—, ya solo nos faltaba un local de ensayo. Y, de nuevo, el padre de Canito entró en escena. Era abogado y tenía dos amigos-clientes que eran propietarios de una empresa de empaquetado de bombones y fabricación de caramelos. Él les convenció para que nos dejaran la zona de la nave que había tras un muro hecho con estructuras metálicas. Era un espacio inutilizado, de unos tres metros por cinco, que nos sirvió para guardar nuestros aparatos. Una parte quedaba a la intemperie, pero nos bastaba. Bueno, en invierno, a veces, cuando llegabas, te encontrabas con la guitarra helada, aunque nunca supuso un problema. Ese fue nuestro primer local de ensayo.

Mi madre y mi abuela: las guardianas de secretos

Inevitablemente, en casa empezaron a sospechar. Mi madre, que a veces se cansaba de cubrirnos, sabía que tarde o temprano mi padre nos pillaría. Él ya intuía que algo tramábamos, aunque no sabía ni qué ni cómo. Veía que echábamos muchas horas con las guitarras, la española y la acústica que se había comprado Javi. Como he dicho, la primera guitarra eléctrica nunca pasó por nuestra casa, ya que fue directamente a la de Canito y, después,

al local de ensayo. Mi padre se daba cuenta de que estábamos distraídos porque escuchábamos mucha música y trasteábamos con sus aparatos de sonido. Llegó a cortar o a esconder los cables de los equipos de música e incluso en alguna ocasión nos escondió la guitarra.

No contaba con que yo era un tío muy curioso y manitas. Justo antes de uno de sus múltiples viajes, cortó con un cúter, a ras, el cable de corriente del aparato de sonido, de forma que no se podían hacer empalmes. Él no cayó en la cuenta de que yo podía abrir el aparato, buscar los cables, coger otros del Scalextric, unirlos con las pinzas de un Meccano viejo de cuando éramos niños y enchufarlo todo a la corriente. Así, de nuevo tuvimos los equipos de sonido listos para tocar en casa. Me llevé más de un calambre haciendo esos montajes, pero nunca pensé que pudieran ser peligrosos.

Éramos imparables. En cuanto mi padre salía por la puerta para irse de viaje y, tras asegurarnos de que se alejaba con el coche, ya estaba la música sonando otra vez y la guitarra danzando entre nosotros. Mi madre, que era un cielo, miraba a las alturas como diciendo: «Como se entere vuestro padre...».

Mi padre empezó a darse cuenta de que la música estaba afectando seriamente a nuestros estudios. De hecho, él no sabía que le dedicábamos mucho más tiempo a tocar que a estudiar. Todas nuestras salidas a casas de amigos para preparar un examen o lo que fuera eran mentiras. Siempre estábamos ensayando, dando algún concierto o mirando instrumentos. Mi madre pensaba que en cualquier momento se armaría la gorda.

Ella y mi abuela no solo nos cubrían las espaldas, sino que, además, nos financiaban. No es que estuvieran de acuerdo con esas «distracciones», pero empezaron a darnos alas. Yo me compré una guitarra por siete mil pesetas en Leturiaga pagada por ellas.

Mari Luz Prieto, mi madre, era una mujer muy divertida. Era de Salamanca. Conoció a mi padre en una de esas salidas que él hacía los fines de semana, cuando estaba levantando una obra de ingeniería en el río Duero, y se enamoraron perdidamente.

Era muy buena persona, muy generosa, siempre estaba de buen humor. No era muy alta y tenía una cara muy bonita, siempre sonriente. Nunca la vi enfadarse de verdad, ni decir una mala palabra. No bebía ni fumaba. Era toda una joya. Tenía un gran sentido del humor y en casa siempre hubo cachondeo gracias a ella. Era muy graciosa, muy joven de espíritu. Es verdad que sufrió mucho con nosotros y nuestros excesos. Enrique era el niño de sus ojos porque sabía que era el más débil, el más sensible, y siempre quiso apoyarle. En teoría, Enrique nunca se fue de casa «oficialmente», por lo que todo lo que ocurrió en nuestra carrera musical sucedió en el entorno del hogar familiar.

Mi madre tenía un hermano, el tío Manolo, que de vez en cuando venía por casa, pero solo cuando mi padre estaba fuera, porque no se llevaban muy bien. Mi tío era muy cachondo, un juergas, superdivertido, como toda la familia de Salamanca. Me llevaba al fútbol y era muy cariñoso, muy buena persona. En casa creaba buen ambiente y nos sentíamos muy unidos a él. Murió en 1987 y a todos nos dio muchísima pena.

Mis padres fueron novios durante cuatro años y, cuando se casaron, se fueron a vivir a Saucelle (Salamanca), donde mi padre estaba haciendo una presa. Sin embargo, mi hermano Javier nació en Madrid, el 5 de noviembre de 1958, y poco después a mi padre le destinaron a otro lugar más hostil y decidió cambiar de empresa. Fue entonces cuando fichó por Entrecanales y pudieron volver a Madrid, aunque eso no evitó que viajara con mucha frecuencia. El 13 de febrero de 1960 nació Enrique.

La casa en la que se instalaron en Madrid era de mis abuelos maternos y acabó siendo la nuestra, en la calle Rodríguez San Pedro 5, en el barrio de Argüelles. Allí vivíamos con mi abuela. Nos parecía normal que mi abuelo estuviera siempre fuera, pero la verdad es que estaban separados. Cuando ella salía, aparecía él; nunca coincidían. A nosotros no nos parecía raro. Bendita ingenuidad. Se habían casado como se casaban en la época, por influencia y recomendación de las familias. La de ella era una familia de terratenientes y la de él propietaria de varias tiendas de ultramarinos especializadas en bacalao de gran calidad. Él tenía una amante que se llamaba Estrella, a la que mantuvo toda la vida. Nunca la conocimos, claro, pero sí sabemos que para ella fue la mitad de la herencia de mi abuelo cuando falleció. Él vivió siempre muy bien gracias a la importación de bacalao *gourmet*. Era como un rico provinciano, y siempre procuró que a mi abuela no le faltara de nada. Nunca nos preguntamos por qué la abuela vivía en casa y el abuelo en la Gran Vía. Cuando él murió, ella comenzó a recibir una pensión de viudedad que, junto a las ciento veinticinco mil pesetas que le rentaba la finca que tenía alquilada para explotación en Salamanca, sin ser rica, podía financiar nuestras aficiones. Cada mes nos daba cinco mil pesetas a cada uno, con las que comprábamos discos y ahorrábamos.

Al parecer, la vida paralela que llevábamos los tres hermanos al margen de mi padre venía de familia. Nuestra pasión por la música se sostenía gracias a la combinación de esos tres elementos que acabo de mencionar: mi padre no sabía nada, contábamos con el apoyo de mi madre, que era quien daba la cara, y teníamos a mi abuela para financiar una gran parte de nuestros gastos.

Mi padre se enfadaba cuando veía que sacábamos notas muy raspadas. De vez en cuando, algún suspenso, aunque nunca re-

petimos curso. Pero lo que se volvió insoportable era el hecho de que, si él estaba en casa, la música dejaba de existir. Cuando se marchaba, volvíamos a montarlo todo y entonces mi madre se sentía feliz porque nosotros éramos felices. Los tres hermanos siempre hemos presumido de madre porque nunca hizo otra cosa que no fuera desvivirse por nosotros y por el bienestar de su entorno. Supongo que como todas las madres.

Murió en 2008, paradójicamente antes que mi padre, que era diez años mayor que ella, fumaba tres paquetes de cigarrillos al día y comía sin límite a pesar de sus dos úlceras sangrantes. Pero la vida es así. Un día vino a ver a mi hija y la notamos un poco apagada. Mi padre, mis hermanos y yo la acompañamos al médico, que le hizo unas pruebas de inmediato y, ese mismo día, le dieron un par de semanas de vida. Tenía cáncer metastásico de páncreas e hígado. Aceptó con buen talante el diagnóstico porque, como siempre, su objetivo era no molestar. Quiso que la atendieran en casa con cuidados paliativos, aunque nunca aceptó que le dieran morfina para el dolor. Morfina no, porque le recordaba a lo que nosotros habíamos vivido con las drogas.

Se fue como vivió: serena, sin molestar y cuidando a los demás.

Una infancia feliz

Quizá porque ya rozo los sesenta tacos, todos mis recuerdos de aquellos años de infancia y primera juventud son muy bonitos. Es evidente que he vivido una juventud muy arriesgada. Con todo mi cariño y mi amor, no puedo evitar decir que mi padre fue un poco cabroncete, porque, viendo que nuestra afición por la música iba *in crescendo*, hizo lo imposible para que la abandonáramos

y siguiéramos estudiando. Sé que él solo quería lo mejor para nosotros y que la única opción que contemplaba era que sus hijos hicieran una carrera universitaria.

La relación de los tres hermanos con los estudios es una historia de trampas. No éramos malos estudiantes ni unos mantas. Pero la música ocupaba toda nuestra mente y era nuestro único objetivo. Yo hice la selectividad en septiembre de 1980 porque mi padre, según me reconoció él mismo, habló con el colegio para que me suspendieran todas y obligarme a repetir COU. Los tejemanejes que hicimos para estudiar una carrera que nos permitiera, sobre todo, librarnos de la mili (con mayor o menor fortuna) fueron constantes en los siguientes años.

Porque esta infancia feliz comenzó a empañarse pronto, cuando, ya cegados por la música y los primeros conciertos, empezamos a tomarnos en serio el futuro. Así estábamos cuando mi hermano Enrique nos enseñó una canción que acababa de escribir y que se llamaba «Déjame».